



Mercedes de Vega Armijo (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010* (7 vols.), México, Acervo Histórico Diplomático-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011.

La colección que aquí se reseña es en conjunto una obra extraordinaria por la variedad y la extensión de sus temas, y por la calidad de sus autores. Su publicación representa la culminación de un esfuerzo emprendido mucho tiempo atrás, de una labor colectiva coordinada por Mercedes de Vega. Desde hace tiempo, no se había publicado una obra que estudiara a México con tanto acierto en el plano que le corresponde. Supera a obras similares al presentar un panorama holístico e integral, en un proyecto comprometido a lo largo de largos meses de trabajo.

En tanto una obra de historia de las relaciones internacionales de México, nuestro país es contemplado a partir de su pasado, con una línea hacia el presente, que sin él no se explica ni lo que somos ni a dónde nos dirigimos. En esta perspectiva no es un sujeto pasivo, sino un actor del escenario mundial por pleno derecho, a partir de su situación geopolítica, sus cataclismos bélicos, las decisiones de sus gobernantes, sus posturas éticas y morales y su oposición a las guerras.

Por otro lado, si la historia como arte-ciencia sirve prioritariamente a la comprensión de los acontecimientos, sus profesionales deben someterse a un imperativo estético; en este sentido, como lector, he gozado la arquitectura del lenguaje y de

una información histórica sin vacías erudiciones y con apego a los más estrictos cánones de investigación.

Esta *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010* consta de siete volúmenes, ordenados según la cercanía y la intensidad de los vínculos de México con las regiones del mundo y los países que las conforman. Así, el primer volumen, autoría de Octavio Herrera y Arturo Santa Cruz, se dedica a América del Norte. Este inicio no requiere mayor explicación: con Estados Unidos México se encuentra entre la fatalidad de una compleja relación desde el origen, a la manera de dos hermanos que transitan por caminos divergentes y que no pueden ignorarse: un país que nació moderno e imperial, y otro que, al contrario, tuvo la carga de su atraso colonial y las brumas de un posible proyecto de futuro. La vecindad, ese destino a menudo indeseable del que no se salvan ni los individuos ni las naciones, tejió la trama complicada que forman la cooperación y el conflicto internacional, materia cotidiana de nuestra economía y política internacional. Para el común de los mexicanos, Canadá es un país en el que la imaginación ha suplido el conocimiento que de él se tiene, pero que pocos discuten: democrático y amante de la paz y la naturaleza, de enormes riquezas potenciales y en desarrollo. El asunto de las visas ha empañado algo de esta idílica mirada, pero fuera de eso no hay motivo mayor de queja. Con Canadá, México ha tenido relaciones incomparables a las habidas con Estados Unidos —u otros países de Europa Occidental—, sobre todo en materia financiera, comercial y de inmigración, como la menonita, desde hace más de un siglo. Hoy, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte es un referente indispensable para conocer qué pasa entre estos dos países.

El volumen que se refiere a Centroamérica, a cargo de Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, está dedicado a esta parte del continente, que es un

mosaico al que puede considerarse como un todo solamente a través de un ejercicio de abstracción que es útil en algunos aspectos, pero en otros no tanto. En contraste con la de Estados Unidos, la vecindad de Guatemala y Belice posee características radicalmente diferentes, en ocasiones crispada por diferencias de límites, ideologías, posturas políticas e inmigración de tránsito. México está unido a estos vecinos por un origen cultural y étnico común, y los lazos de todo tipo son considerables. Por una convicción no exenta de sentimentalismo, Centroamérica es una región con la que México debe trabajar con el mayor ahínco.

Rafael Rojas y Ana Covarrubias escriben el volumen sobre el Caribe, que inevitablemente remite a la añeja relación a la era contemporánea: recordemos que la conquista española del territorio que hoy habitamos partió de Cuba, donde la aventura cortesiana se armó, abasteció y partió para sus incursiones continentales. Si los países latinoamericanos son los más entrañables hermanos, algunos quizás lo sean en mayor medida, como es el caso de la gran isla caribeña. La relación fraternal se fracturó por motivos ajenos a nuestros intereses, bajo el peso de conflictos ideológicos y de lucha internacional por el poder; con todo, lo permanente no son las diferencias, que en la historia son un pestaño.

El cuarto volumen, escrito por Guillermo Palacios y Ana Covarrubias, presenta las relaciones de México con los países sudamericanos, ese mosaico maravilloso de culturas con las que tanto tenemos en común. Cada uno de ellos merece sin discusión ser estudiado y tratado con creatividad, y en este sentido se encamina el análisis de este volumen. La relación estrecha —a veces estrechísima— con Estados Unidos ha aislado a México del contexto latinoamericano, por la creencia errónea de que sin ese país, el nuestro no puede sobrevivir. La realidad de las relaciones de México con los países latinoamericanos se ha quedado

abajo de las potencialidades apoyadas en intereses e historia comunes.

El quinto volumen, a cargo de Antonia Pi-Suñer, Paolo Rigguzzi y Lorena Ruano, trata las relaciones de México con otra constante de la historia mexicana: Europa, o más específicamente, España, Francia, Gran Bretaña y Alemania. En mayor o menor medida hechos torales de nuestro acontecer —muchas veces traumáticos— se relacionan con acontecimientos internos de estos países, señaladamente en la Segunda República francesa y el malhadado Segundo Imperio maximiliano. Los autores ponen en la balanza los intereses privados frente a los públicos, casi siempre coincidentes, de manera tal que el vigor de los capitales franceses, británicos o alemanes marcaron su impronta en un *modus vivendi* traducido, por ejemplo, en la fundación de bancos como el de Londres y México, pronto seguido por otros como el Nacional. España, por supuesto, es el referente europeo más antiguo y permanente para nuestro país. El siglo xx, de las grandes tragedias, tiene en el asiento español su república y el alzamiento militar de 1936, y en los años que siguieron, una liga con México desde la solidaridad internacional, en el refugio a los españoles de aquellos años. La formación de la Comunidad Económica Europea, luego la Unión Europea, favoreció la creación de una política regional hacia México, que sin ser prioritario en la agenda europea ni en lo económico ni en lo político, sí lo ha sido en materia de democracia y derechos humanos. Como con otras regiones distintas a Norteamérica y Estados Unidos, en particular, la relación de México con los países europeos y la Unión Europea en su conjunto requiere un urgente rediseño.

Entre las asignaturas pendientes de la política exterior mexicana están los países asiáticos, desde luego sin contar a Japón, pero incluyendo a China, India y otros. En el volumen sexto, Francisco Javier Haro, José Luis León y Juan José Ra-

mírez proporcionan una visión documentada y actualizada de las relaciones de México con esta parte del mundo. Aun cuando hubo un vínculo en el pasado desde la época de los grandes viajes y colonizaciones, como la ocupación española de Filipinas y el legendario Galeón de Manila, la independencia de México, con todos sus problemas, y la decadencia imperial de España, con todas sus consecuencias, cortaron de tajo esta añeja relación, que sólo parcialmente se repuso cuando se establecieron relaciones con Japón durante el Porfiriato. Más lamentable hubiera sido la situación de no haber contado México con fuertes personalidades como embajadores y ministros en la región: Emilio Portes Gil y Octavio Paz en India, o Francisco Castillo Nájera en China. Muchos años después, con el mayor océano del mundo como lazo de unión con los asiáticos, por medio del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), México ha tenido una proyección relativamente mayor, si bien quedan posibilidades pendientes para el futuro. El tiempo, sin embargo, está en contra, pues el repunte de China y de otros países de Oriente obliga a un enfoque novedoso, a contrapelo de ideas todavía predominantes que ponen la relación de México con Estados Unidos como la fundamental y casi exclusiva.

El último volumen de esta encomiable colección se dedica a las relaciones con los países africanos y de Medio Oriente. Hilda Varela e Indira Iasel Sánchez exploran este espacio donde México ha mantenido una relación débil y esporádica, casi inexistente. Algunos momentos son rescatables, por ejemplo, cuando súbditos del Imperio Otomano, los que luego serían llamados sirios, libaneses, palestinos, egipcios o iraquíes, llegaron a México en una considerable cantidad, y formaron una de las comunidades de origen foráneo más sólidas. Después de la Primera Guerra Mundial y con la configuración de los Estados árabes de la región continuó este flujo, tan destacado en el comercio, la industria y la cultura. Si en lo político ha privado

una distancia considerable entre México y los países de África y Medio Oriente, en lo económico todavía puede decirse más. México ha procurado mantenerse ajeno a la conflictividad propia de la región, sabedor de que lo pondría en una situación difícil entre los países árabes e Israel, postura solamente rota cuando se condenó a Israel en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en la época del presidente Luis Echeverría. Este mandatario, hasta donde alcanza mi memoria, fue el único en su posición en cuanto a estrechar vínculos con países como Senegal, Ghana o Tanzania, por medio de una diplomacia personal alentada por la solidaridad tercermundista de los años setenta.

En conjunto, la *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010*, es una lectura obligada para los estudiosos de las relaciones internacionales tanto en las universidades como en las dependencias públicas, lo mismo que para las empresas ya involucradas en un mundo globalizado. Felicito fervientemente a los autores y a la coordinadora, Mercedes de Vega, por estos libros que ya ocupan el primer puesto en la historiografía de la política exterior mexicana.

Pedro Castro